

Y cayó durante muchos días en ese silencio y ese abatimiento que le eran habituales en casos semejantes, porque tenía un corazón muy sensible á las pérdidas de las personas que amaba (1).

«Estaba yo en su cuarto—escribe la Madre de Marigny—media hora después de haber recibido la noticia de la muerte de la Baronesa de Chantal, y me dijo: «No creía yo que la naturaleza hubiese hecho tal efecto en mí; porque si hubiese estado de pie cuando recibí la carta del Ilmo. Sr. Arzobispo de Bourges, me caigo redonda: tanto me ha conmovido. Esta pobre hija es una bienaventurada, pero sin embargo, su muerte me aflige en extremo, y mucho más de lo que hace largo tiempo he sentido, y creo que aun la muerte de mi hijo no me afectó tanto. Dios mío, ¡quién hubiera podido pensar lo sucedido, conociendo á esta hija mía! Jamás he visto mujer que prometiese vida más larga; pero así engañan las apariencias.» Después de esto, le hablamos de la señorita de Chantal, y dijo: «La Virgen Santísima será su madre,» y las lágrimas corrían dulcemente de su ojos (2).

«¡Ay!—escribía algunos días después al ilustrísimo Sr. de Neufchezes, su sobrino,—¿cómo os diré el sensible golpe que mi corazón de carne ha recibido con la muerte de mi pobre y querida hija de Chantal? Yo la amaba tiernamente, como lo merecía por su virtud y buen carácter. Así nos va quitando Dios, poco á poco, todo lo que nos es más querido aquí abajo» (3).

Escribía también á su hija Francisca, y la rogaba, por lo mucho que se querían estas dos mujeres, tan cristianas y tan amables, que moderase sus lágrimas y su dolor, cuando recibió otra triste noticia. El Conde

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 213.

(2) *Memorias de la Madre Dorotea de Marigny. Proceso de beatificación*, tomo II, pág. 951.

(3) Carta de Julio de 1632.

de Toulongeón murió á los quince días, poco más ó menos, después del fallecimiento de la joven Baronesa de Chantal, y Francisca quedaba viuda con dos hijos pequeños. La Santa estaba en el locutorio con Carlos Augusto de Sales cuando recibió esta noticia, y cambió de color. «¡Ah! cuántos muertos,»—dijo; pero reprimiéndose al instante, añadió:—«O más bien peregrinos que se apresuran á ganar la eterna morada.» Y juntando las manos: «Recibidlos, Dios mío, en los brazos de vuestra misericordia.» Y después de haber orado un poco lloró con gran sentimiento, pensando en el Conde de Toulongeón, á quien quería mucho, y en Francisca, que tan joven quedaba viuda con dos hijos tan pequeños.

Por su parte, Francisca, aterrada con tan cruel é inesperado golpe, no tuvo más que un pensamiento: ir á echarse en los brazos de su madre, segura de encontrar en ella un corazón que la comprendiese y que pudiese consolarla. Partió, pues, al momento para Annecy, y allí, en aquel monasterio en donde había pasado su feliz juventud, y adonde volvía herida y desconsolada, encontró en los labios de su madre, y entre sus brazos, junto con una ternura que crecía con su desgracia, los pensamientos elevados de la fe y los sólidos consuelos de la Religión, que es lo único que puede dar la paz al alma en los grandes dolores. Allí formó los buenos propósitos de vivir recogida, modesta, separada del mundo y enteramente consagrada á la educación de sus tiernos hijos, que tan generosamente puso por obra. Cuando, después de haber estado muchos meses en Annecy, se separó llorando de los brazos de su buena madre para volver á su castillo de Alonne, quiso que la Santa le diese por escrito un reglamento de vida, y habiéndolo conseguido, le guardó con veneración, observándole constante y animosamente, á lo cual debió sin duda alguna el ser, á pesar de su juventud y

riquezas, una de las mujeres más formales, distinguidas y cristianas del siglo XVII.

Aquípodríamos cerrar la historia de las relaciones de la santa Madre de Chantal con sus seis hijos. Pero queda todavía una niñita que nos llama, una huérfana, la hija de Celso Benigno y de María de Coulanges, la que será después la Marquesa de Sevigné. ¿Dónde está? ¿Quién se cuida de ella? ¿Qué le sucede después de la muerte de sus padres? ¿Qué podía hacer por ella la venerable Madre de Chantal, y qué es lo que hizo? Una palabrita más sobre estas interesantes preguntas antes de concluir el presente capítulo.

Se recordará que Celso Benigno y María, su mujer, vivían ordinariamente con sus padres, los señores de Coulanges. Después de la muerte de su esposo, la joven Baronesa se retiró allí del todo con su pequeña hija, y allí murió, dejando á su madre el cuidado de esta niña. María de Chantal se quedó, pues, en casa de su abuela, la señora de Coulanges; y nada era más natural, en efecto, pues no pudiendo vivir á un tiempo con sus dos abuelas, era mejor que se quedase con la señora de Coulanges, que vivía en el mundo, que no encerrarla á los cinco años y medio en el claustro con su abuela la Madre de Chantal. Esta se conformó con una resolución tan natural, dando las gracias más afectuosas á los señores de Coulanges por el cuidado que se tomaban por su querida huerfanita y sus bienes, y menos inquieta por su porvenir después que la vió en tan buenas manos, no la pierde, sin embargo, de vista ni un instante, pronta siempre á recogerla y educarla cristianamente por sí misma en el monasterio de Annecy, si había necesidad de ello.

En efecto, ábrase la correspondencia de la Santa, y se verá que las cartas no engañan; el corazón se pinta en ellas á lo vivo. Aun antes de la muerte de la joven Baronesa, y estando todavía en la cuna la niña María,

jamás la olvida la Madre de Chantal. Siempre tiene una palabra cariñosa para «nuestra niña», para «ese querido angelito, que los señores de Coulanges aman tan cariñosamente (1);» para «esa querida prenda que Celso Benigno ha dejado de su matrimonio (2).» Pero después de la muerte de la joven Baronesa, cuando María de Chantal es enteramente huérfana, la Santa habla de esta niña más á menudo y con mayor ternura. Todas sus cartas están llenas de testimonios de su afecto y cuidado. «Escribo á los señores de Coulanges—dice en una carta al Arzobispo de Bourges—los que estoy cierta han llevado un golpe dolorosísimo con la terrible desgracia de la pérdida de su hija. Creo que sus corazones serán siempre los mismos para la pobre huerfanita. ¡Dios mío! Cuando mis ojos se vuelven hacia ese lado, no puedo detenerlos ni un instante (3).» Y á la señora de Coulanges, que la había escrito se encargaría de María y la educaría con sus propias hijas: «En cuanto á nuestra huerfanita, no la compadezco mientras Dios nos conserve á mi respetable hermano (el Sr. de Coulanges) y á vos, amadísima hermana mía, porque sé le serviréis de padres, y que vuestros señores hijos la querrán siempre mucho. El alma se me parte cuando la veo sin padre ni madre (4).»

Habiendo caído enferma la señora de Coulanges, vemos de nuevo inquieta á la Madre de Chantal respecto al porvenir de su nieta. «Estoy con pena—escribe á la Condesa de Toulangeon—por lo que me escribe vuestro tío de la enfermedad de la señora de Coulanges, mi amada hermana. ¡Dios quiera conservárnosla! Le estoy sumamente agradecida por el maternal cariño

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*, 100.

(2) *Idem*, 101.

(3) *Idem*, 78.]

(4) *Idem*, 104.

que tiene á nuestra huerfanita, llegando su bondad hasta servirla de maestra (1).»

Tres años después, en 1634, siguiendo inconsolables los señores de Coulanges y estando la huerfanita próxima á su primera Comunión, escribe la Santa una admirable carta, llena de sentimiento y de fe, que con pena tenemos que abreviar. «Dios mío, mi muy querido hermano, ¡cuánto me ha enternecido vuestra carta! Mis ojos se han llenado de lágrimas, viendo lo muy afligida que está siempre mi tan querida hermana... Pero me consoláis mucho con las noticias que me dais de la pobre huerfanita. Será feliz si Dios os conserva á vos y á mi querida hermana, para que siga bajo vuestro piadoso y sabio gobierno. Verdaderamente quiero á esta niña como quería á su padre, todo para el cielo. Me alegro mucho de la gracia que va á tener comulgando en Pascua; lo tendré muy presente y ruego á Dios que en esta primera recepción de nuestro dulce Salvador, tome tan entera posesión de su pequeñita alma, que sea para siempre suya. ¡Cuánto os debo en esta pequeña criatura!»

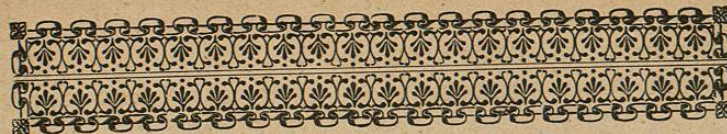
Esta carta es la última que encontramos dirigida á los señores de Coulanges, que murieron uno y otro poco después. En 1636 se tuvo una reunión de familia para proveer á lo porvenir de la pequeña huérfana. Dos cosas podían hacerse: enviarla á su abuela la Madre de Chantal, que la hubiese educado en el monasterio de Annecy, como lo había hecho con Francisca, ó confiarla á su tío Cristóbal de Coulanges, Abad de Livry, que la reclamaba. Se prefirió este último partido, porque por una parte la Madre de Chantal tenía entonces sesenta y cuatro años, y se temía que no pudiese conservar la largo tiempo en su compañía. Por otra parte, la aba-

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*, edición Migne, pág. 596. Pero pone mal la fecha; es de 1634 y no de 1632. María, nacida en 1626, hizo su primera Comunión en 1635, de edad de nueve años.

día de Livry está á las puertas de París y contaba para la educación de la joven huérfana con mil recursos que hubiesen faltado enteramente en el fondo de las montañas de Saboya. Los acontecimientos justificaron la prudente conducta del consejo de familia. María de Chantal tenía á lo sumo quince años cuando murió su santa abuela. Confiada al excelente abad de Coulanges, á quien ella misma nos ha hecho conocer y amar bajo el epíteto del *muy bueno*; educada en la hermosa abadía de Livry, en medio de la soledad y rodeada de libros, educada por Menage y Chapelain pudo cultivar en su juventud los raros talentos que Dios le había dado y que tal vez hubieran quedado sepultados en el fondo de las montañas de Saboya, ó á lo menos hubieran quedado oscurecidos con esas mil imperfecciones del dialecto provinciano, de las que no pudo librarse á pesar de su talento la misma Madre de Chaugy.

Tales fueron desde el principio hasta el fin las relaciones de la Madre de Chantal con sus hijos y sus nietos. Hase visto cómo comprendió los deberes de madre, y qué lugar tenían en su corazón los santos afectos de la naturaleza. Tenía un corazón ardiente, como todas las almas grandes, y amaba poderosamente, según expresión de San Francisco de Sales. Expresa en un estilo poco elegante, desaliñado si se quiere, pero franco y varonil, todas las diferencias del afecto, la ternura, la alegría, la inquietud, el dolor, la abnegación, etc., etcétera; basta abrir sus cartas para ver la pasión con que amaba. Así Dios, que conocía á esta alma mucho mejor que nosotros, y que para elevarla á una santidad eminentemente quería darle el martirio del amor, de que tan divinamente habló, después de haberla afligido con terribles enfermedades, después de haber abandonado su grande espíritu á todas las dudas y tinieblas, buscando todavía un lugar más sensible para hacerle más dolorosas heridas, la hirió en el corazón y en todas las santas y

fuertes afecciones de familia. Muy joven aún pierde á sus dos primeros hijos en la cuna; su marido muere á su vista, y su pequeña Carlota en sus brazos. Estos son los primeros golpes, y cuando la Santa, adelantada y ya madura en la soledad es capaz de sufrir más, entonces le envía Dios nuevos dolores. Pierde sucesivamente á su padre, á su suegro, á su yerno, á su hija, á su nieto, y después de un instante de descanso, á su hijo, su su nuera y á su segundo yerno. En algunos años doce tumbas se abren y se cierran á su vista. Su nombre se extingue y de toda aquella brillante familia que crecía á su alrededor, no queda más que una joven viuda y tres huérfanos. Pruebas terribles, que hacen ver á la más clara luz, no solamente la fe de la santa Madre de Chantal y su sumisión á la voluntad divina, sino la viveza y el ardor de su ternura maternal, y todo el hermoso conjunto de cualidades naturales y dones divinos que formaban su grande alma.



## CAPÍTULO XXXI

Viaje de la madre de Chantal á París.—Visita casi todos los monasterios de Francia.—Estado general del Instituto.

1635-1636

VEINTICINCO años habían pasado desde la fundación de la Orden de la Visitación, y ya se habían establecido sesenta y cinco casas en Francia, Suiza, Saboya, Piamonte y en la Lorena española; otros diez monasterios iban á fundarse, y esta rápida propagación, que todos los días aumentaba, al mismo tiempo que excitaba la admiración, provocaba mil temores. Mientras que viviese la Madre de Chantal, no había ciertamente ningún peligro, porque ella era, sin duda alguna, el lazo de la Orden, su centro, su vida; ella la gobernaba como fundadora é Hija primogénita de San Francisco de Sales, por su admirable virtud y por la actividad y varonil energía de su carácter. Pero ¿quién podía responder de lo porvenir? ¿Qué sería después de su muerte de aquellas casas aisladas, independientes unas de otras, que no tenían ni Superiores generales, ni Visitadores, ni juntas ó capítulos anuales? ¿Qué había sido de tantas abadías, establecidas del mismo modo, tan fervorosas en sus principios, y que tanto habían decaído después? Y si en el siglo XVII tenía la Iglesia el consuelo de verlas renacer á una vida